de tal modo entusiasmó á su tropa, que al fin se vieron precisados los franceses á emprender la retirada en el mayor desórden. Siguióse á esto una derrota general de las columnas de ataque y el enemigo perdió doscientos cincuenta hombres entre muertos y heridos, sin contar otros tantos prisioneros.

Pero aun no estaba ganada la batalla; las reservas del enemigo estaban intactas. Un valeroso oficial propuso al general Oudinot un ataque por un camino que él conocia, y aseguró que si se ponia una brigada á su disposicion para sorprender algunos puestos, se podria remediar aun en parte el primer descalabro. El plan del capitan Faleas, este era el nombre de aquel bravo militar, se reducia á pasar por delante de los jardines del Vaticano, dejar varios destacamentos en algunas casas que se encontraban en el camino, á fin de asegurar la retirada en caso necesario, y asaltar de improviso las murallas por aquella parte mientras el enemigo celebraba su victoria.

Aprobado el proyecto, avanzó la nueva columna sin ser observada, hasta el camino Consular de la Puerta Angélica; pero de pronto, despejóse el cielo, los rayos del sol se reflejaron sobre las brillantes bayonetas de los franceses, y estos fueron descubiertos por los ciudadanos apostados en los jardines Pontificales. Los sitiados rompieron entonces un fuego horroroso sobre la cabeza de la columna; el valeroso Faleas cayó sin vida á la primera descarga; sobre los franceses caia una lluvia de balas que diezmaba sus filas, y aunque por algunos momentos se mantuvieron firmes, tratando de rehacerse, hubieron de retirarse al fin apresuradamente despues de sufrir numerosas pérdidas, mientras que los romanos solo tuvieron algunas bajas insignificantes.

Si en aquel momento hubiera bajado la fuerza ciudadana que ocupaba á Monte Mario, para cargar á la columna, no habria podido esta volver á su centro, pues se le cortaba toda retirada posible. A mayor abundamiento, hallábanse detrás de Porto Angélica 2000 hombres que tambien podian cerrar el paso al enemigo, pero á ninguno se le ocurrió hacerlo. Si Garibaldi hubiese estado allí, toda la brigada hubiera quedado destruida ó prisionera.

Mientras sucedia esto en la izquierda, el general Oudinot, en persona, confiando en el buen éxito del ataque de Faleas, y temeroso por otra parte de que se cortaran sus comunicaciones, cayó con todas sus fuerzas sobre la derecha, defendida por Garibaldi. Por espacio de cuatro horas arreció la lucha, pues los franceses atacaban con furia, mientras los romanos se resistian obstinadamente, y al cabo de este tiempo, el coronel Picard, á la cabeza de 300 hombres, se hizo dueño de un puesto ocupado por el batallon de la Universidad, que tenia poca fuerza y estaba compuesto solo de jóvenes. Los franceses, con su habitual destreza, se fortificaron en pocos momentos en aquella posicion, pero Garibaldi, rápido como el pensamiento, y seguido de algunos destacamentos de la legion Romana y de dos compañías de sus tropas mas escogidas, cayó sobre el enemigo con tal ímpetu que le desalojó despues de un breve y sangriento combate. Nino Bixio cruzó el acero con Picard, el jefe francés, y le hizo prisionero, viendose sus soldados en la precision de rendir las armas, de manera que todo el destacamento quedó en poder de los romanos.

La batalla estaba ganada; en vez de entrar en Roma, á duras penas pudo Oudinot volver á Civita Vecchia, y entonces fué cuando Garibaldi escribió las siguientes palabras en un pedazo de papel que remitió inmediatamente al ministro de la Guerra, Avizani: «Enviadme tropas de refresco, y así como os he prometido batir á los franceses y he cumplido mi palabra, del mismo modo os aseguro que ninguno de ellos volverá á embarcarse en sus buques.»

Avizani se mostraba dispuesto á enviar el refuerzo que se le pedia para ponerlo á disposicion de Garibaldi, pero Mazzini, que era entonces Triunviro de Roma, y que no pensaba siempre como Garibaldi, se opuso á la medida, diciendo: «*Si la derrota es completa*, tendremos siempre en Francia un implacable enemigo; no espongamos á nuestras jóvenes tropas de reserva á los azares de una lucha con un enemigo, que aunque vencido, es valeroso.» Siguióse el consejo, Garibaldi no recibió refuerzos, y Oudinot pudo retirarse á Civita Vecchia, evitando así la completa destruccion de su ejército.

Algunos eminentes escritores de Europa han puesto en duda que los romanos pudiesen aniquilar á los franceses, dado el caso de no haberse seguido el consejo de Mazzini, pero todos los hombres de

guerra, que conocian la posicion y recursos de ámbos ejércitos, convinieron en que el plan de Garibaldi era perfecto bajo el punto de vista militar, y en que hubiera podido cumplir su promesa.

Debe recordarse que los franceses tenian solo dos escuadrones de caballería, los cuales no habian entrado en accion, mientras que la de los romanos, aunque no muy disciplinada, era numerosa y bastante buena para perseguir á la fugitiva infantería. Dos regimientos de dragones y dos escuadrones de carabineros, que habia dentro de la ciudad, constituian una fuerza muy respetable, y se contaba además con dos regimientos muy buenos de infantería de línea, que podia rivalizar con la del general Oudinot.

Mazzini estaba en la persuasion de que el partido democrático francés se opondria á la política del Presidente respecto á Roma, y Ledru-Rollin, amigo sincero de la República romana, fué el que se lo hizo creer, pero las imprudencias y exageradas opiniones de este político, y sobre todo, las indiscreciones de muchos hombres de su partido, en Francia, alarmaron á los amantes del órden en términos que vacilaron en hacer al Presidente una oposicion por la cual se pudiera debilitar la autoridad del Gobierno, preparando así el camino para la propagacion de las prácticas y teorías de los republicanos rojos. El resultado fué, que no se hizo una fuerte oposicion al Presidente francés, pero si el ejército de Oudinot hubiese quedado destruido ó prisionero, esto bastaba para que toda la Francia se fijara entonces en la espedicion; hubiérase discutido detenidamente acerca de su objeto y las causas que la motivaban, y es muy probable que Bonaparte no habria podido enviar á Roma nuevas fuerzas sin comprometerse, toda vez que no estaba revestido de la autoridad imperial.

La resolucion de Mazzini decidió en un momento de la suerte de Roma y de Italia para muchos años; su opinion triunfó, y la ciudad eterna quedó desde entonces tan perdida como si las huestes de la República francesa hubieran plantado ya su bandera en medio del Capitolio.

La victoria, sin embargo fué decisiva, y se debió al génio é intrepidez de Garibaldi. El coronel Medici, que tomó parte en la lucha, se expresaba del modo siguiente al referir los pormenores: «La ciencia de la guerra, la diciplina, el valor y la impetuosidad, todo cedió ante nuestros soldados, por mas que fueran jóvenes é inespertos, pero era porque Garibaldi estaba allí, firme en su caballo, semejante á una estátua de bronce que representára al dios de las batallas, y al verle, todos recordaban los grandes hechos de sus antepasados, de aquellos conquistadores del mundo cuyas tumbas pisaban acaso entonces.

«Muchos se harian sin duda la ilusion de que las sombras de Camilo, de Cincinato y de César, presidian la sangrienta lucha desde las torres del Capitolio.»

En Francia, particularmente, y en toda Europa, en general, se desfiguraron los hechos hasta la exageracion. Los franceses dijeron que habian sido víctimas de una traicion que clamaba venganza, y que habian caido en una emboscada, pero la verdad es que se dió una gran batalla; que despues de repetidos esfuerzos para entrar en Roma, el ejército francés fué rechazado, y que Garibaldi, con un puñado de hombres, comparativamente, batió á sus enemigos en campo abierto, derrotandolos luego de tal modo que el general Oudinot se vió en la dura precision de pedir un armisticio.

Otra de las especies vertidas por los amigos de Bonaparte, era que los franceses no habian invadido la ciudad por temor de que se destruyeran los monumentos artísticos, pero lo cierto es que aquellos no perdonaron nada. Las balas de cañon tocaron varias veces en la cúpula de San Pedro; en el Vaticano cayó una verdadera lluvia de metralla, y la Capilla Paulina, rica en objetos de arte, quedó destrozada por las balas, habiendo sufrido igual suerte la Capilla Sixtina.

Los franceses sufrieron una pérdida de mil trescientos hombres, mientras los romanos solo tuvieron cien bajas entre muertos y heridos, incluso un prisionero, mas era este un hombre notable; era Hugo Bassi, un valeroso y noble sacerdote, que en el campo de batalla animaba á los combatientes é iba luego á consolar á los moribundos. No llevaba arma alguna, y ciertamente que la caballería francesa se hizo muy poco honor al coger prisionero á un sacerdote que cumplia con los deberes de su religion.

Difícil es dar una idea del entusiasmo y alegria que produjo en el pueblo la victoria: todas las casas y edificios públicos se iluminaron brillantemente; numerosas bandas de música recorrieron plazas y calles; los ciudadanos entonaban himnos patrióticos, y en una palabra, Roma volvió á oir la voz de la libertad.

El dia 1.º de Mayo, Garibaldi pidió permiso al ministro para perseguir á los franceses con su legion, compuesta de 1200 hombres, ya que por la influencia del Triunviro Mazzini se habia desistido de adoptar medidas mas eficaces, y otorgado aquel, emprendieron la marcha dos columnas, una al mando de Masina, que salió por la puerta de Cavallegieri, y la otra á las órdenes de Garibaldi, que se dirigió por la de San Pancracio. No era la intencion de nuestro héroe limitarse á hostigar al enemigo, como lo creian Mazzini y el ministro; su plan era mas vasto; proponiase sorprender el campamento de los franceses y dar la batalla, confiando en que todos los voluntarios de Roma acudirian en su auxilio, y de este modo, imposibilitaba de una vez la invasion.

Al llegar al campamento, vió que el enemigo se habia retirado á Castel Guido, perseguido de cerca por Masina, quien pudo llegar antes por haber tomado un camino mas corto, pero Garibaldi alcanzó á su compañero en Malagratta, donde al parecer, se formaban los franceses en órden de batalla. El general ocupó una ventajosa posicion sobre el flanco del ejército enemigo, y ya se preparaba al ataque, cuando se presentó un parlamentario, pidiendo un armisticio con objeto de que el general Oudinot tuviera tiempo de averiguar si el pueblo romano aceptaba la república y estaba dispuesto á luchar por ella. Esto no era mas que un subterfugio: ni al general Oudinot ni á su amo, pues como tal podia considerarse al Presidente francés, les importaba un ardite que los romanos aceptasen ó nó la república, ni menos les hacia falta saber si el pueblo queria defenderla; el objeto de la invasion era la conquista; la libertad en Roma era la libertad en Europa; Napoleon lo sabia y por eso quiso impedirla, pues si Roma continuaba libre, Francia no se hubiera sometido al cetro de Bonaparte.

El oficial francés ofreció entregar el sacerdote prisionero en prueba de la lealtad con que procedia su general.

Apenas entabladas las negociaciones, llegó una órden del ministro de la Guerra, previniendo á Garibaldi que volviese á la ciudad inmediatamente; los *hombres sabios* de Roma habian concedido el armisticio; Oudinot quedaba en libertad para reorganizar sus fuerzas, combinar sus intrigas y prepararse para dar un golpe mas seguro.